

---

# PRESENTACIÓN

José Jiménez Blanco  
Universidad Complutense de Madrid

---

El texto de Paul F. Lazarsfeld puede inscribirse en lo que ahora se denomina «historia intelectual». Contiene esta «Memoria» algunos datos de su biografía personal. Pero lo importante del texto consiste en que nos pone delante de los ojos la experiencia pionera que él protagonizó al iniciar —él dice *innovar*— los Institutos universitarios de investigación social. Ahí los datos personales se entremezclan con los avatares de un europeo tratando de realizar la idea de institucionalizar en las Universidades norteamericanas unos Institutos para la formación de investigadores en las ciencias sociales. La experiencia vienesa de Lazarsfeld no era muy grande: apenas unos pinitos de investigación empírica —realizada con muy pocos medios— y alguna experiencia de trabajo en grupo, tanto en la Universidad como en las juventudes del Partido Socialista austríaco. Poco o mucho, lo suficiente para tener la voluntad de hacer adelantar la investigación empírica social en una institución universitaria mediante la formación de investigadores. Y ello no, como hubiera sido su deseo, en la Viena donde nació hace un siglo, sino en los EE.UU., donde Paul F. Lazarsfeld empezó siendo un becario que se convirtió en emigrante al desencadenarse la II Guerra Mundial. Quiero dar a entender con esto que las condiciones no eran las más propicias ni para un innovador ni, mucho menos, para un innovador extranjero.

La innovación tenía dos elementos: institucionalizar en la Universidad la investigación social empírica y, al mismo tiempo, encontrar fondos para reali-

---

zarla. En los dos frentes acabó teniendo éxito, pero como consecuencia de una tenacidad en que lo que pretendía se fue abriendo paso —paso a paso, tenemos que decir— hasta llegar al *Bureau of Applied Social Research*, de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Este Centro ha formado a promociones de investigadores en esa Universidad, dentro de un Departamento de Sociología, haciéndoles participar a los estudiantes en proyectos de investigación, nutridos con financiación tanto privada como pública, y proporcionando también a los sociólogos un repertorio de instrumentos —teóricos y técnicos— en gran medida escritos y organizados por el propio Lazarsfeld. Enseñar a investigar investigando, atraer fondos de donde fuere, dirigir investigaciones, formar al personal, y amueblar su cabeza con sus estudios y sus libros, que abrieron caminos a la Sociología que antes no había tenido.

En el texto de esta «Memoria» se citan una gran cantidad de investigaciones, y los libros en que se plasmaron, que constituyen un patrimonio que las jóvenes generaciones de estudiantes y profesores de sociología harían bien en tenerlo como patrimonio propio, porque una ciencia se valora por lo que enseña: por la realidad que es capaz de aprehender, analizar, aclarar y explicar. De este repertorio de trabajos y escritos, directa o indirectamente relacionados con Lazarsfeld, procede un repertorio de normas de organización de la enseñanza de la investigación social, de textos sobre métodos y técnicas, de instrumentos teóricos y prácticos, para elevar la investigación social al rango académico correspondiente a las Universidades.

Las experiencias que nos relata Lazarsfeld en esta «Memoria» pueden ser una ocasión para dar razón del hecho de que, a medida que se ha dado menos importancia a los centros de investigación social universitaria, en esa misma medida las Facultades de Sociología han iniciado un declive evidente: menos estudiantes y menos relieve social de la disciplina. Los sociólogos hemos dejado en manos privadas los sondeos de opinión, por ejemplo, y sus fracasos al equivocarse con demasiada frecuencia en las predicciones han dado como resultado una pérdida de prestigio de los estudios sociológicos. El origen es privado, pero las consecuencias son *públicas*. Y ello se debe a la menguada importancia que las Facultades de Sociología —públicas y privadas— han dedicado a la preparación de investigadores y a realizar investigaciones sociales. Las cosas tal como las presenta Lazarsfeld han de ir juntas: se enseña investigación social *investigando*, es decir, participando en una investigación real. O sea, lo contrario de lo que se hace en nuestras Facultades, en que se enseñan «técnicas» de investigación social casi como ejercicio retórico, en que los ejemplos, cuando se ponen, proceden de investigaciones suecas o inglesas: lo más apartado de la realidad empírica que se pueda. El libro de texto de la investigación social *consiste* en una investigación real, y no en una simulación.

Esta autobiografía intelectual o «Memoria» de Paul F. Lazarsfeld —donde no faltan olvidos ni rencores— dibuja la «Memoria» de la iniciación de los institutos universitarios de investigación social, en lo cual puede reclamar con razón el papel de *innovador*. ¿Es que no existía antes investigación social?

Investigadores individuales es claro que sí. En pequeños equipos, también. E incluso investigación social *aplicada* —como el propio Lazarsfeld adjetivó a su último instituto de investigación— la hubo antes, como el «Instituto de Reformas Sociales», en España.

La innovación que Lazarsfeld inició comprendió varios elementos: 1) instituto *universitario* de investigación; 2) con *presupuestos normalmente privados*, dirigidos por *profesores universitarios* para formar *investigadores universitarios*; 3) todo ello incardinado en un Departamento de Sociología universitario; 4) para realizar investigaciones mediante *encuesta por muestreo*; y 5) de índole *aplicada* (es decir, sin ninguna pretensión de investigación *básica*). La conjunción de estos cinco factores en diferentes proyectos que se enumeran en esta autobiografía es, sin duda, algo de lo que Lazarsfeld se puede considerar *innovador*, hasta su culminación en el «Bureau of Applied Social Research», de la Universidad de Columbia, Nueva York. Hay que decir que, para Lazarsfeld, «social» quería decir de hecho «psico-social», de acuerdo con su antecedente formación vienesa como psicólogo, de una parte, y, de otra, como discípulo directo y colaborador de los esposos Bühler, profesores de Psicología de la Universidad de Viena.

Uno no puede por menos que recordar con simpatía una biografía social, geográfica, política, etc., tan accidentada como la de este vienés a quien, en las inmediaciones del advenimiento del régimen nazi, los tiempos le sorprenden siendo judío y socialista. De su condición judía, en esta autobiografía, sólo hace una vez mención expresa, y para mostrarse como un buen representante de su grupo. Las dos cosas —judío y socialista— eran casi una condena a muerte en aquellas circunstancias, de no ser por la oportunidad de una beca de la Fundación Rockefeller. Y uno no puede menos que admirar la entereza con que durante los primeros años de estancia en los EE.UU. no sólo logra sobrevivir mucho más tiempo del previsto de antemano por la beca, sino también ir abriéndose camino en las universidades de aquel país con ideas innovadoras sobre la investigación social, que finalmente logra que prevalezcan.

Algunas de esas ideas, que hoy algunos sociólogos gustan de identificar como ejemplo de la encuesta por muestreo —algo *peculiarmente* norteamericano, dicen una y otra vez—, sin Paul F. Lazarsfeld, y su experiencia anterior europea, no habría ni ese tipo de investigación, ni los institutos que lo practicaron, ni algunos resultados de sus estudios que todavía se utilizan, al menos como generalización empírica, en seguimiento de campañas electorales, en investigación de medios de comunicación de masas en general, y una porción considerable de técnicas de investigación —por ejemplo, escalas para medir actitudes y conductas—, sin olvidar sus aportaciones a la metodología científica social. No hay duda que Lazarsfeld encontró en EE.UU. un ambiente muy propicio para el desarrollo de la técnica de encuesta, primero por la existencia de estudios de mercado, pero segundo y también por el humus del *empirismo* de la filosofía británica, presente en la cultura norteamericana. Más propicio del de la Europa de su tiempo y algunas décadas después. Los estudios de mer-

cado fueron una de las bases para la institución investigadora que iba a promover, y ello —los estudios de mercado— sirvió de comienzo para los métodos cuantitativos y cualitativos.

Para algunos seguidores de filosofías sociales, especialmente en la obra de Theodor W. Adorno y Mark Horkheimer (también acompañantes durante algún tiempo de Lazarsfeld en los EE.UU.), la frontera entre la sociología clásica y la sociología crítica estaba ya trazada, y sólo faltaba el paso de convertir a Lazarsfeld en el portaestandarte de la sociología positivista, la investigación «administrativa» y colaboracionista del capitalismo norteamericano. Frente a la bandera *crítica* de la negatividad de todo lo existente —en donde, no obstante, habían encontrado los críticos un acomodo que, entre otras cosas, les permitía seguir escribiendo y publicando en alemán—, había que abrirse a una nueva sociedad, nueva música, nueva sociología, levantadas sobre los escombros que iba a proporcionar la teoría crítica. Todo para salvar al individuo humano, que estaba a punto de desaparecer por el predominio de la racionalidad *instrumental*. Desde el momento del tiempo en que nos encontramos, nada de eso ha pasado, y por lo menos la sociología crítica tiene que someterse a la prueba de la experiencia histórica, lo que de entrada había rechazado, porque lo empírico es *per se* conservador, legitimador de lo existente, colaboracionista de la opresión, etc. Si la realidad empírica era todo eso, la investigación que si es objetiva la *reproduce*, como no puede ser de otra forma, y equivale por el mero hecho de reflejar *lo que está ahí* en afirmador de todo lo que tiene que ser *negado*: negado filosóficamente, aunque sólo *conocido* empíricamente.

Lazarsfeld, a diferencia de Adorno y Horkheimer, no se pudo permitir el lujo de hacer su obra en EE.UU. en lengua alemana. Admira leer el texto de la «Memoria», en que no se hace la menor alusión al hecho de tener que negociar, proponer, escribir «Memoriales», enseñar y escribir en una lengua que no era la suya. Este uso de una lengua extranjera se aprecia incluso en el texto de la «Memoria», cuyo inglés a veces resulta áspero, lo que la traducción no puede disimular del todo. Pero estaba decidido a realizar su obra en aquel país porque, con independencia de la guerra, lo veía más a propósito, más aceptación de lo nuevo, un mundo donde la financiación privada de la investigación, incluso para ser realizada por una universidad, le proporcionaba oportunidades que supo ver.

La relación de Theodor W. Adorno con Paul F. Lazarsfeld sobre una colaboración en los estudios de la radio, y particularmente sobre música, que se relata en esta «Memoria», es muy reveladora de la distancia intelectual entre ambos: Adorno, recién llegado a EE.UU. desde Londres, habla sobre la música —y sobre la música clásica en concreto— en unos términos entre sublimes y grotescos que no permiten aportar algo a las escalas que estaba elaborando Lazarsfeld. En algún momento, Adorno se muestra incapaz de tener nada que decir sobre escalas en el estudio de la radio, dando a entender que él está por encima de esos prosaísmos. Pero la queja de Lazarsfeld tiene fundamento y razón: cómo no pudo Adorno en ese estudio colaborar en la elaboración de

una escala cuando, al muy poco tiempo, estaba contribuyendo a elaborar la conocida «Escala F» (de fascismo) en *La personalidad autoritaria*.

Esta falta de entendimiento entre Adorno y Lazarsfeld en un estudio sobre la radio tiene más que ver con dos tipos de intelectuales de diferente carácter —sencillamente no congeniaron— que con otras circunstancias en las que eran muy afines: los dos emigrados y por las mismas razones, los dos interesados por el fenómeno nuevo —más visible en los EE.UU. que en Europa— de la irrupción de los nuevos medios de comunicación de masas; pudieron haber colaborado, aunque con sus palabras un «intelectual alemán» (con formación vienesa también) y un «hombre institución» que se propone y consigue crear centros universitarios de formación e investigación para las ciencias sociales. Sin embargo, de esta falta de entendimiento tengo que resaltar, de un lado, que la crítica de Adorno a la música de la radio, que lo trivializa todo al comercializarlo en una cadena industrial en que entran por igual lo más altamente sinfónico con lo más ligero y vulgar; y nos pone en guardia sobre que parte de lo mismo está ocurriendo en la industria editorial de libros, donde lo más corriente y elemental entra en la misma cadena que, por ejemplo, Kafka o James Joyce. Eso de un lado.

De otro, todo lo cual se puede afirmar sin que por ello la contribución de Lazarsfeld a la sociología nos parezca una cima del pensamiento. Pero —hay que reconocerlo así— su contribución nos parece imprescindible en la constitución profesional de la sociología universitaria. Si la sociología no fuese capaz de proporcionar a los sociólogos unos instrumentos (teóricos, metodológicos y técnicos) para investigar empíricamente la realidad de las sociedades humanas. La pérdida de ese perfil *profesional* en las enseñanzas de las facultades universitarias de sociología —en España y fuera de España— es la causa principal de la falta de alumnos en los últimos años.

Lazarsfeld aporta, según él, la riqueza de *La Viena de Wittgenstein*. Riqueza que no se puede reducir ni a una Psicología incipiente, en la corriente del conductismo, ni a una estadística, cuyo nivel no es ni mucho menos el de los matemáticos con quien dice que ha dialogado. Hay un tanto de autovaloración, a cuenta de Viena y sus propios escritos anteriores a la marcha a EE.UU., que sólo me merecen el calificativo de exagerados. Tengo la impresión de que el fundamento de su formación metodológica no es más que lo que se contiene en la obra —que no se menciona en la «Memoria»— *Metodología de las Ciencias Sociales*, de Felix Kaufmann, publicada en alemán en 1936. Ese libro, que fue traducido en México por Eugenio Imaz, en 1946, representa un intento unificador de las ciencias naturales y sociales, que sólo podemos calificar como reduccionismo de lo social humano a los parámetros de un naturalismo —la materia de las ciencias naturales—, simplismo que creyó que era posible «el círculo de Viena». En su momento, logró encandilar a profesores españoles de considerable altura filosófica.

El texto de Kaufmann contiene principios metodológicos para las ciencias sociales que Lazarsfeld desarrolla y aplica en sus estudios y en sus enseñanzas.

Por ejemplo, cuando se propone que entre las leyes de las ciencias sociales y las de las naturales sólo existen diferencias de exactitud *graduales*, por lo cual propone para las sociales «ecuaciones sencillas, de pocos parámetros, de sencillez de las relaciones entre parámetros, pocas constantes y continuidad de funciones» (pp. 286-287). Éste es el tipo de estadística —o de matemática aplicada— que Paul F. Lazarsfeld ha desarrollado para las ciencias sociales, y es lo que contiene el libro colectivo *The Language of Social Research*, editado por Paul F. Lazarsfeld y Morris Rosenberg (1957), que durante un tiempo ha sido libro obligado de lectura, estudio y aplicación en los cursos sociológicos de método y técnicas de investigación.

Cuando obtiene Paul F. Lazarsfeld la beca para EE.UU., su principal publicación es *Los parados de Marienthal*. Como el lector de la «Memoria» comprobará, su autor la encuentra llena de novedades, de datos reveladores e inesperados, de soluciones a problemas como organizar las entrevistas de los seleccionados en la muestra, etc. Pues bien, cuando se publicó en inglés —cuando el original alemán era de 1933— pude comprobar que se trataba de un modestísimo trabajo, publicado en cuarto, a doble espacio, de unas 120 páginas, y sorprendentemente un análisis de porcentajes muy elemental, pero donde Lazarsfeld quiso ver grandes novedades y sorpresas, y datos estratégicos que difícilmente se obtienen de un estudio de proporciones tan modestas. Entiendo que, por esas fechas, la influencia de Kaufmann estaba ya operando.

El autor de la «Memoria» nos dice que perteneció al partido social-demócrata austríaco, e incluso que su papel de monitor con grupos juveniles de ese partido le pudo servir par su posterior labor organizativa de grupos de trabajo para la investigación. Su palmarés en EE.UU. de ir creando centros, desde inicios muy modestos hasta el *Bureau of Applied Social Research*, de la Universidad de Columbia, en Nueva York, es un proceso de tenacidad, luchas contra estructuras académicas poco flexibles, selección de colaboradores, dirección de equipos, en América desde 1939, significa una vocación, una voluntad, y una habilidad, porque él era un extranjero, el tipo de centro que quería crear era *nuevo*, los campos de investigación que abordaba eran *nuevos* —medios de comunicación de masas, sus públicos, los contenidos de los programas, los efectos de campañas de publicidad, y finalmente el salto a los estudios electorales, la influencia de los líderes y el proceso de votar a un candidato o a otro, son aportaciones que le garantizan un puesto en las ciencias sociales actuales—.

Por razones que son comprensibles, Lazarsfeld en esta «Memoria» (1968) sólo recuerda su participación en las actividades juveniles y comienzo de pequeños estudios en el seno del partido socialdemócrata austríaco. Rápidamente las cosas cambian. Y sólo en 1970, cuando el panorama de EE.UU. es otro, en un librito de divulgación de la UNESCO, titulado *Qu'est-ce que la sociologie?*, escribe Lazarsfeld en su p. 85: «La sociología marxista es, de todas las tentativas hechas en esta dirección, la que más se aproxima a una teoría en sentido estricto». La dirección es la de las encuestas, y se afirma que «desde

1956 el mundo comunista ha hecho cada vez más sitio a la investigación sociológica empírica o, como se la llama a menudo, a la sociología concreta» (*ibidem*). Durante muchos años, para manejarse en EE.UU. (incluidos los ámbitos académicos), expresiones tales como «socialista», y no digamos «comunista», eran realmente tabúes. Lo cual en cierta medida afectaba también a «sociología» y «sociólogo» (*sociologist* y *socialist* estaban demasiado cerca, hasta el punto que para evitar esos equívocos se generalizó la expresión *behavioural sciences*, por ser más neutral, término que todavía figura en una institución de altos estudios de sociología).

Pero, para terminar, lo que hay que recordar en este centenario es la contribución de Paul F. Lazarsfeld a la creación y organización de los primeros institutos universitarios de investigación social, alrededor de los cuales se articulan todos sus estudios, sus artículos, sus libros, sus aportaciones técnicas y metodológicas, que son aportaciones a la profesionalización de la sociología como disciplina académica.